

Sigismundo Taraval, S. J.

La Rebelión de los Californios

Edición de Eligio Moisés Coronado

DOCE ☼ CALLES

© del estudio introductorio: Eligio Moisés Coronado.

© de la presente edición: Ediciones DOCE CALLES, S.L.
Apdo. 270
28300 ARANJUEZ (Madrid)
Tfnos.: 892-42-01/18 Fax: 892-51-49

ISBN: 84-87111-86-6

D.L.: M-29.382-1996

Impresión: Closas Orcoyen, S.L. Paracuellos de Jarama (Madrid)

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS	9
PRESENTACIÓN	11
<i>Salvador Bernabéu Albert</i>	
INTRODUCCIÓN	33
<i>Eligio Moisés Coronado</i>	
LA REBELIÓN DE LOS CALIFORNOS	45
Versión paleográfica anotada de Eligio Moisés Coronado	
INDICE ONOMÁSTICO Y DE TOPÓNIMOS	183
BIBLIOGRAFÍA TEMÁTICA	193

Introducción

Eligio Moisés Coronado

Descripción fisiográfica

El estado mexicano de Baja California Sur, espacio donde tuvieron lugar los acontecimientos que en esta obra se relatan, ocupa la mitad meridional de la península de Baja California, en el noroeste de México. Está situado entre los meridianos 109° 25' y 115° 05' de longitud oeste, y los paralelos 28° y 22° 52' de latitud norte.

Al norte limita con el estado de Baja California, al sur y oeste con el océano Pacífico, y al este con el golfo de California, que lo separa del macizo continental mexicano.

Su territorio es de 73.677 km², que es el 51,2% de la superficie peninsular y el 3,8% del territorio del país, con el que ocupa el décimo lugar nacional.

La península bajacaliforniana emergió del océano por movimientos frecuentes hace varios millones de años.

Baja California Sur se localiza en las latitudes donde están los grandes desiertos del mundo; ello hace que las lluvias sean escasas; carece de ríos superficiales, y el agua de cauces subterráneos es su principal abastecimiento.

Su clima es variable; caluroso en verano, generalmente benigno en invierno.

Sus regiones son varias, desde la que corresponde al Desierto Central (de la península), al norte, el Desierto de Vizcaíno, la Serranía y los Llanos de la Magdalena hasta Los Cabos, al sur.

Señalamiento aparte merece el territorio insular, en la mayor parte de clima seco árido, con superficie global de 1.208 km². Entre las islas sobresalen por su tamaño e importancia económica las de Espíritu Santo y San José, mencionadas frecuentemente en el escrito que ahora se publica, sobre todo la primera, que está ubicada cerca de la bahía de La Paz, con alturas hasta de 700 m, longitud de 21 km y anchura máxima de 7 km. La segunda se halla un poco al norte de la bahía de La Paz, tiene alturas hasta de 700 m, longitud de 29 km y anchura máxima de 10 km.

Primeros pobladores

Baja California Sur estuvo habitada antiguamente por tres grupos humanos principales: al sur los pericúes, al centro los guaycuras y al norte los cochimíes. Algunos miembros de este último grupo viven aún en poblaciones del vecino estado de Baja California.

Se cree que las primeras inmigraciones provenientes del norte ocurrieron hace más de diez mil años.

Los primeros habitantes de esa zona sudpeninsular vivían de la caza, la pesca y la recolección en un medio difícil.

Los aborígenes encontrados por los primeros expedicionarios europeos desconocían tanto su origen como a los autores de las pinturas rupestres y los petroglifos, de los cuales la actual entidad federativa cuenta con el mayor número de sitios en la República, localizados en toda la extensión del territorio estatal.

Es poco también lo que se sabe de sus lenguas, de las que se conservan sólo algunas palabras y frases. Su lucha en un medio hostil les impidió alcanzar niveles superiores de cultura.

Eran nómadas que lograron un alto grado de armonía con su ámbito natural.

Primeros contactos europeos

El primer enclave colonial de las Californias tuvo lugar en lo que es hoy el puerto de La Paz (capital del Estado de Baja California Sur), que fundó Hernán Cortés en 1535, al que dio el nombre de Santa Cruz, de muy corta existencia. A partir de entonces se comenzó a dar a la nueva tierra la denominación de California, topónimo que aparece en el libro de caballerías *Las sergas de Esplandián*, muy en boga en esa época.

Amotinados de una expedición anterior patrocinada por el propio Cortés, ahí habían estado algunos meses antes Fortún Jiménez y su gente, quienes fueron bien recibidos al principio pero posteriormente expulsados por los nativos cuando pretendieron abusar de las mujeres de éstos.

El resto del siglo XVI y casi todo el XVII registraron expediciones europeas que contribuyeron a ir formando una idea más próxima en torno a esa parte recién conocida de Nueva España.

Su riqueza perlífera era el atractivo principal de California, al que se agregó la necesidad de establecer un lugar para la provisión de agua y alimentos frescos así como de protección para la nao de China una vez abierta la ruta de Acapulco a Filipinas.

El almirante Isidro de Atondo y Antillón y los jesuitas Eusebio Francisco Kino, Juan Bautista Copart y Pedro Matías Goñi exploraron la costa interior del golfo y fincaron en su litoral la misión de San Bruno. Se hubo de abandonar dos años más tarde, en 1685, pero acrecentó en Kino el interés por la evangelización de los californios, que un poco después prendió en el susceptible espíritu del padre Juan María de Salvatierra para iniciar en definitiva la empresa. Ambos obtuvieron la autorización necesaria a principios de 1697.

Época colonial

El 25 de octubre de ese año fue fundada la primera misión de las Californias en el sitio llamado Conchó por los nativos guaycuras. El 13 de noviembre siguiente recibieron los conquistadores la primera muestra de rechazo indígena: «Dieron sobre nuestra trinchera cuatro escuadrones de cuatro naciones: edúes, didises, laymones y monquis» (Salvatierra, 61) lanzando piedras, flechas y gritos.

En términos generales, los centros jesuíticos californianos tuvieron como denominador la lucha contra la adversidad del ámbito geográfico, la escasez de agua, la dependencia casi por entero del auxilio exterior y por ello las constantes hambres y penurias, el olvido de algunos que habían prometido ayudar y el desdén de otros que podían hacerlo, exploración de los territorios para la creación de nuevos núcleos de concentraciones humanas imprescindibles a la tarea evangelizadora y el desarrollo de cultivos y ganados, las agotadoras idas y venidas de algunos religiosos —en ocasiones acompañados de nativos— al continente por el mar de Cortés para conseguir socorros y gestionar el cumplimiento de los ofrecidos, el encuentro infortunado entre el programa misionero y los hábitos seculares de una etnia indígena que había logrado alcanzar verdadero equilibrio con su morada natural, y una identidad cultural antes de la radicación europea permanente; las frecuentes epidemias, un siempre corto número de soldados, el reglamento y algunos nativos para cumplirlo.

Hacia la primera mitad del siglo XVIII —en que ocurrieron los hechos que describe el padre Sigismundo Taraval en este manuscrito—, España estaba gobernada por Felipe V (1683-1746), con quien se entronizó desde el año de 1700 la dinastía de los Borbón, que «inicia para España no sólo una nueva casa gobernante, sino una nueva política acompañada de un cambio de las costumbres en la vida social» (Arcila, I, 9).

El arzobispo Juan Antonio Vizarrón y Eguiarreta fue virrey de Nueva España desde el 17 de marzo de 1734 y durante seis años y medio después; es decir, que se hallaba en posesión del gobierno colonial seis meses antes del estallido de la rebelión californiana que relatan los materiales aquí transcritos.

Aunque se afirma que «envió auxilios a California... donde los indígenas andaban sublevados» (Álvarez, XII-416), al parecer tales auxilios no fueron suficientes ni oportunos, como lo deja entrever el P. Taraval en el parágrafo 152.

En relación a esto dice Francisco Javier Clavijero que:

«El padre Guillén, luego de que tuvo noticia de aquellas turbulencias y calamidades, escribió al arzobispo virrey de México dándole parte de lo acaecido, manifestándole el riesgo de perderse en que se hallaban las otras misiones, juntamente con todo el cristianismo de la península, si las naciones imitaban, como era muy de temerse, el ejemplo de los pericúes; y suplicándole que se estableciese el nuevo presidio en la parte meridional, como tanto tiempo se había deseado y tantas veces pedido, no menos para poner a cubierto de las maquinaciones de los gentiles las vidas de los misioneros y neófitos, que para proporcionar refugio a los navíos de las islas Filipinas que debían abordar allí los años siguientes.

Pero ni la muerte violenta de los dos misioneros, de los soldados, de tantos neófitos y catecúmenos, ni la pérdida de las misiones, ni el riesgo inminente de las otras, ni las proyectadas ventajas para los navíos de Filipinas parecieron a aquel señor razones suficientes para hacer un gasto extraordinario, aunque dispuesto por el rey católico en una cédula dirigida al marqués de Casafuerte, antecesor del arzobispo en el empleo de virrey, cuando aún no había motivos tan urgentes para establecer el presidio. Se contentó con dar una respuesta cortés al padre Guillén, significándole lo mucho que sentía las desgracias de la California, exhortándole a que ocurriese a la corte y ofreciéndole que apoyaría ante el rey sus justas pretensiones, pero sus cumplimientos y sus promesas ni remediaban los males presentes ni prevenían los futuros» (Clavijero, 182-183).

Sigismundo Taraval

El padre Taraval, italiano (Lodi, 1700), hijo de padres españoles, pasó a California en 1730, ya ingresado en la Compañía de Jesús. Laboró ahí durante 21 años. Su filiación dice que era «de ingenio, juicio y letras, bueno; de suficiente prudencia; de módica experiencia; de complexión colérica; de talento para gobierno y ministerios» (Zambrano, 559). «De complexión mediana y ojos oscuros», según el legajo 5.550 del ramo *Contratación*, del Archivo General de Indias, Sevilla (citado por Crosby, 410).

Trabajó en las misiones de La Purísima (1730-1732), San Ignacio (1732-1733); fundó la de Santa Rosa de Todos Santos (1733-1734); después fue ministro en las de La Paz, desplazado por la insurrección (1734-1736), y San José del Cabo (1736-1738). Enseguida estuvo dos años en la ciudad de México en el arreglo de asuntos relativos a la sublevación y al financiamiento misional. Volvió a la misión de San José del Cabo (1741-1746) y fue luego ministro de la de Santiago (1747-1750). Dejó California y pasó como operario al Colegio de Guadalajara, donde también fungió como vicerector y prefecto de

congregación. Murió en esa capital de la Nueva Galicia en 1763, a la edad de 63 años.

«... Voy escribiendo como van sucediendo las cosas —explica el padre— y como éstas y el tiempo lo permiten, y así vea el que leyere cuánta disculpa se le debe a la pluma, al método y al estilo» (parágrafo 220).

Los hechos los ofrece con la dosis de objetividad que puede esperarse de un cronista que está del lado de una de las partes involucradas en la situación. Muchas de las 25 frases en latín pueden servir para hacer una pintura de cuerpo entero del pensamiento taravaliano.

Otra cosa más es evidentemente cierta: la prudencia es en Taraval una virtud de que carecieron los mártires, y que finalmente le permitió contarnos de esta forma los sucesos.

De él se conocen, asimismo:

- El «mapa de parte de Baja California, Sinaloa y Nuevo México», que se conserva en la biblioteca Huntington (ms. HM 22.234) y se reprodujo por primera vez en Burrus, *La obra...*, mapa n° 32.
- «Relación del martirio de los padres Tomás Tello y Enrique Ruhen, muertos por los indios seris», publicado en Sommervogel, Carlos, S. J.
- «Los privilegios de los regulares, y con especialidad de los indios», publicado en *ibidem*.
- «Martirio de san Acacio y compañeros», publicado en *ibidem*.
- «Exposición de los casos y excomuniones reservadas por el Sínodo Mexicano», publicado en *ibidem*.
- «Devociones a Nuestra Señora», publicado en *ibidem*.
- «Curiosidades sagradas», publicado en *ibidem*.
- «Relación del viaje y descubrimiento de la isla de la Trinidad, año de 1732», publicado en *ibidem*.
- «La santísima Cruz de Tepique», publicado en *ibidem* y en *Descripciones jaliscienses*, n° 2, prólogo de Francisco Hernández L., El colegio de Jalisco/Gobierno del Edo. de Nayarit, V. Nicolás Romero (Edo. de México), 1992.
- «Carta a doña María Teresa Dávila Villavicencio, 8 de abril, 1742», que se conserva en el Archivo de la Provincia Mexicana de la Compañía de Jesús.
- «Carta al P. Atanasio Carrillo, 9 noviembre, 1749», que se conserva en *ibidem*.
- «Carta al padre provincial José Barba, de 18 de octubre de 1734», que se conserva en la biblioteca Huntington de San Marino, California.

Para valorar aun mejor su prolífica actividad escritural, debe tenerse igualmente en cuenta lo que expresa al respecto el padre Clavijero: «...dejó muchas obras manuscritas, de las cuales vi yo doce volúmenes en la librería de los jesuitas de aquella ciudad [Guadalajara, Jalisco], e hice copiar algunas» (Clavijero, 172).

El documento

El manuscrito hológrafo de Taraval que ahora se publica por primera vez en su propia versión castellana, fue preparado en idioma inglés por Marguerite Eyer Wilbur y editado por The Quivira Society, de Los Ángeles, California, en 1931. Una reimpresión en 1967 la efectuó Arno Press, de Nueva York.

El texto original se encuentra en la colección «Ayer» de la biblioteca Newberry, de Chicago (ms. 29.873), en donde obtuve la micropelícula que luego me fue transferida a fotocopia en la biblioteca Bancroft de la Universidad de California, Berkeley.

Al principio de él aparecen unos apuntes de Charles F. Lumis (de la biblioteca pública de Los Ángeles, quien logró tener una copia mecanográfica en 1908), en los cuales expresa que «cinco hojas han sido arrancadas del frente..., cortadas con tijeras de abajo y arriba y rasgadas en el medio».

Añade que por los otros párrafos se infiere que una de tales hojas estaba vacía, la segunda contenía un título, y las tres restantes los párrafos 1, 2 y el principio del 3. «El final del manuscrito ha sufrido igual mutilación con tijeras —asegura— y son entre ocho y nueve las hojas que han sido cortadas... Es imposible juzgar —advierte— si las páginas cortadas al final contuvieron texto, y cuánto».

Efectivamente, el texto está dividido en párrafos y comienza abruptamente en la parte final del n° 3, en que hace referencia a los hechiceros, hasta el n° 324. Consta de 370 páginas manuscritas que arrojaron 251 cuartillas a máquina en una primera transcripción que efectuó la señorita Beatriz Arteaga (q.e.p.d.), del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM.

Perteneció a la biblioteca de don José Fernando Ramírez hasta 1880 cuando fue subastado en Londres. Formó parte del catálogo respectivo con la siguiente descripción: «Jesuitas en California. Historia de las misiones jesuitas en la California baja desde su establecimiento hasta 1737. Manuscrito original en cuarto, 187 hojas».

Fue comprado por Bernard Quaritch, comerciante de libros raros, y seis años después lo puso a la venta, también en la capital inglesa, atribuyéndolo al jesuita escocés William Gordon.

Helen S. Carr corrigió el error y fundamentó bastante la autoría del padre Taraval en esta contribución, en la *California Historical Society Quarterly* (diciembre, 1929).

Es informe rico en muchos sentidos, no sólo por el que atañe a la descripción detallada de los sucesos relativos a la sublevación indígena.

Ahí se proporcionan también importantes noticias etnográficas, demográficas, geográficas, económicas y de interés en otros muy diversos órdenes.

Resulta notable constatar en el escrito el papel relevante que desempeñaban las mujeres en la vida de los californios, especialmente de intermediarias en los conflictos. Hay constancia en otros materiales del desempeño mensajero muy eficaz de las mujeres nativas entre los europeos y los naturales desde los primeros contactos. Ya en las cartas del padre Salvatierra aparecen alusiones en tal sentido.

Preguntados por los motivos que tuvieron para matar a los padres Carranco y Tamaral, los indios de la misión de Santiago respondieron simplemente que porque el primero «no los dejaba hacer lo que querían y prohibía que tuviesen muchas mujeres» (parágrafo 115).

Explica que «las mujeres son en Californias las que trabajan, solicitan y dan de comer a sus maridos» (parágrafo 126).

Cuando algunos soldados abogaron por la libertad de algunas indígenas prisioneras, fue denegada «juzgando que eso era querer enviar espías y exploradoras a los apóstatas» (parágrafo 172).

El comandante militar, al ver que los pericúes de San José del Cabo volvían a sus montes, «los enviaba a llamar con una mujer, convidándoles con el perdón y con la amistad, y lo que hacía la mujer era afianzarlos o confirmarlos en su protervia, convocarlos e incitarlos a que diesen en los nuestros» (parágrafo 324).

Los aborígenes sudcalifornianos eran sumamente celosos; de ello hay prueba en muchos papeles. A los primeros europeos en sus tierras —los amotinados de la expedición de Diego Becerra, que jefaturaba Fortún Jiménez— se les trató muy bien hasta que dieron en pretender abusar de las mujeres.

En el relato de Taraval ello no pasa inadvertido: aludiendo a los indios leales, el padre Sigismundo apunta que: «si estaban en la misión no tenían qué darles y les quitaban los soldados a sus mujeres, de quienes son celosísimos» (parágrafo 229).

Asombrosos retratos hablados del hombre sudpeninsular son éstos: (de los pericúes) «los mejores bogadores..., hijos de piratas y criados en el corso» (parágrafo 131).

(De los guaycuras) «...son los indios de los indios» (parágrafo 139).

(De los cochimíes) «Cuando más para el norte, mejores, más bien inclinados y más obedientes» (parágrafo 187).

(Y de todos) «En teniendo tres cosas de la misma especie ya son muchas» (parágrafo 108).

Definiciones más abundantes en esta materia pueden hallarse en los párrafos 11 al 14.

Vienen aquí, por supuesto, referencias a las pitahayas, que para los californios constituían tema de la más alta y vital significación. Léese:

«El padre Nicolás me respondió que aunque era verdad que no hallaba a los indios tan dóciles como antes solían, pero que mucho de eso lo llevaba por sí el tiempo de sus frutas» (parágrafo 36).

Platica el padre Sigismundo que podían encontrarse «en todos los contornos del real muchas pitahayas agrias, que es lo único que se puede llamar, en Californias, regalo. Con esto, los indios... nunca se podían contener, porque ya con pretexto de ir por agua o por leña, ya a otra cosa, todos se iban..., y el querer otra cosa era casi querer que, siendo californios, no lo fueran» (parágrafo 96).

En carta del padre Salvatierra al provincial Francisco de Arteaga (21 de mayo de 1701), le cuenta que «los tres meses de la pitahaya son, como en algunas tierras de Europa, los tiempos de Carnestolendas, en que buena parte salen de sí los hombres; así estos naturales salen de sí, entregándose del todo a sus fiestas, bailes, convites de rancherías distantes y sus géneros de comidas y bufonadas que hacen, en que suelen pasarse las noches enteras con risadas y fiestas... También en estos tiempos son las juntas para idolatrías, repartimientos de mujeres y ejercicios de mantener los estilos de la nación» (Salvatierra, 150-151).

«Empiezan a madurar a mediados de junio y duran más de ocho semanas», dice el padre Juan Jacobo Baegert, y añade: «Para los californios, la temporada de las pitahayas resulta su tiempo de cosecha, su otoño y su carnaval; después de esta temporada empieza de nuevo el infortunio de nueve meses» (Baegert, 44).

En otra parte de su libro, advierte que mediante «unas doce cargas de salvado diarias... hubiera yo podido arraigar en la misión a toda mi gente, con excepción de la temporada de pitahayas» (*Ibidem*, 91).

No es de extrañar, entonces, que la pitahaya, más que un apetitoso manjar, sea elemento significativo de la identidad californiana.

Por parte de los nativos no estaba ausente el ejercicio de algunas estrategias, que narra claramente nuestro autor al referir que a los indios fieles, los sublevados «los convidaban, incitaban y aun regalaban para tenerlos de su parte y apartarlos de la nuestra, en que les decían que estaban hechos criados, esclavos y adargas de los soldados» (parágrafo 176).

Insoslayable presencia tiene aquí el tabaco, como objeto de uso familiar a los californios, al que se menciona en los párrafos 239 y 244.

Aparece una referencia al galeón de Manila en costas sudcalifornianas que conviene destacar: cuando Taraval, hablando de los días previos a las muertes de los padres Carranco y Tamaral,

«habían pedido, unos meses antes, un soldado para su resguardo, porque el que antes tenían, el uno había pedido permiso para volverse al presidio, y el otro había ido a conducir a México a un padre agustino... que había dejado por enfermo la nao de Philipinas» (párrafo 37).

El galeón se llamaba *Nuestra Señora del Pilar*, y el agustino fray Domingo Horbigozo, quien en un testimonio presentado en la ciudad de México el 19 de abril de 1735 a instancias del hermano Juan F. Tompes, procurador de las misiones californianas, dijo

«que los indios de ellas se mantienen apóstatas y alzados, después de haber ejecutado la tragedia y maldad que se vincula en las muertes lastimables de los dichos reverendos padres misioneros, añadiéndose a esta tragedia la que se experimentó en los de la lancha que echó la nao *San Christóval* que vino este año, pues llegaron a matar a trece hombres que saltaron a tierra por agua y bastimentos... Por cuya razón (dice el R. P. declarante) contempla por muy necesario que se ponga, en dicho cabo de San Lucas, un presidio con escolta de soldados» (Burrus, *El Noroeste...*, 413-421).

De la lengua exposición del padre Sigismundo puede colegirse algo más: que es el espíritu mariano propiamente el que animó y fortaleció la conquista; el mismo que alentó a Salvatierra, promotor del ministerio jesuítico en California, desde sus años de adolescente.

De la competencia de los misioneros ignacianos en todos los menesteres prácticos habla esta descripción que se hace del padre Tamaral, quien vino «a ser Protheo de casi todas las artes, pues llegó no sólo a aprender, mas a ser labrador, médico, músico, alarife, relojero, organista, carpintero, sastre, gañán, arriero, albéitar y albañil» (párrafo 103).

Al sofocamiento de la insurgencia fue designado Manuel Bernal de Huidobro, gobernador de Sinaloa, quien llegó con sus propios refuerzos militares en 1735, el año siguiente del inicio del alzamiento. Los misioneros comenzaron pronto a tener divergencias de opinión con el nuevo comandante respecto a las estrategias que deberían ser puestas en práctica en busca de la tranquilidad interrumpida por el levantamiento. A Huidobro culpa precisamente Taraval de que este objetivo tarde más en verse cumplido; tanto que éste decide suprimir «para su crédito el nombre» de aquél (párrafo 177). Y no lo escribe jamás; se refiere siempre a él como «el señor comandante».

Para el indígena, la única salida es, en este momento, la muerte. Uno de los prisioneros

«dijo ser verdad que él intentó la rebelión, que él incitó a los otros, que fue de los principales, que no había querido admitir consejos, ni los admitía, que siempre había sido malo, y lo era, que estaba cansado de vivir, que quería morir y así que lo matasen».

Otros, a punto de ser ajusticiados, preguntaban que cuándo los sacarían a morir, y exigían que acabasen ya de matarlos.

Unos más, después de ver morir a su compañero, ordenó: «Mátenme a mí también y váyanse» (parágrafo 175).

La crónica acaba en los sucesos de febrero de 1737, cuando puede considerarse totalmente extinguida la insurrección. Poco después, mediante auto suscrito por Huidobro fueron remitidos 25 indios presos a la capital novohispana «para que su excelencia ilustrísima disponga de sus personas lo que tuviere por conveniente» (Bernal, f. 303 v). En el camino, y con el argumento de que pretendían amotinarse en la nao *San Joseph*, «se tomó la providencia de pasarlos a cuchillo» (Salvatierra, 223). Ya en marzo de 1735 se había tomado declaración en Acapulco a Gerónimo, Juan, Pedro y Santiago, pericúes que fueron conducidos por el galeón de Filipinas. («Motivo que tuvieron los indios...»).

Aparece al término del manuscrito de Taraval la frase «Pondrélo todo para que conste», que no consigna la edición inglesa; seguramente se trata de un agregado posterior a 1931.

Finalmente diré que en la disposición de estos papeles fueron modernizadas la acentuación, la ortografía y la puntuación, y utilizados guiones en periodos largos en que la profusión de enunciados incidentales pudieren dificultar la comprensión del discurso.

*La Paz, Baja California Sur, México.
Abril de 1995*